y buscarse un porvenir. Tú eres muy señorito y, dices bien, no podrías acostumbrarte nunca á la vida de pueblo. Aquí somos todos muy tontos, muy ignorantes, muy.... analfabetos, como tú dices.

Antón opinó lo mismo que Juan y Basilio y Félix repitieron, palabra más ó menos, lo que dicho había su padre.

Entonces fué cuando Perico comprendió que su discurso había tenido algo de teatral, y queriendo enmendar la plana, apresuróse ha echar á lo pasado un mal remiendo.

—Lo que me hace marchar de Villera,—dijo,—es la excelente salud de que disfruto y que me permite dedicarme de nuevo al trabajo. No me gustan las costumbres de aquí, lo confieso con toda franqueza; pero así y todo, no me iría si rico fuera y no necesitara de que me mantuviera mi familia.

Juan hizo á su hijo otras discretísimas observaciones, aplaudiéndole su resolucion y proyectos de trabajo, y dióse por terminado el asunto. Quizá Juan veía en lontananza aquellas cartitas mensuales de Perico, que siempre llegaban á Villera acompañadas con un billetito de veinte duros.

VIII

Para la imaginación algo novelera de Perico Ramonclá, su pueblo tenía un defecto mucho más grande que todos los por él señalados, y este defecto, si es que por tal pues de tenerse, era la vida regular, sin nada sobresaliente que lograra hacer menos abrumadora su rutina. Pero no esperaba el buen Perico encontrarse nada menos que con el principio de una novela real, y novela que, al juzgar por el primer capítulo, muchas y muy interesantes peripecias prometía.

El protagonista de esa novela encontrada sin previa busca, era Basilio, el segundo de los cuatro hijos de Juan Ramonclá, guapo mozo y de excelentes prendas morales, no obstante su «genio,» que era endiablado, de todos los demonios.

Basilio estaba enamorado de Mundeta

Martorell, aquella niña tímida y bobona, que había abrazado Perico jugando á la «gallina ciega» en la plazoleta de la iglesia, haciéndola llorar y poniéndola, además, aunque inocentemente, en peligro de romper las hostilidades con sus amiguitas.

Cuando Perico se enteró de aquellos amores, su corazón le dió un vuelto y su alma se incendió de alegría. Amores de un muchacho pobre con una mujer rica fueron siempre asunto de buenas novelas y muy interesantes dramas y ya Perico veíase con las manos en la masa, ó mejor: en el amoroso conflicto, «desfaciendo entuertos,» como Quijote improvisado.

Conviene decir que el buen Perico, aun poseyendo una inteligencia clara y despierta y haber leído y releído, por cierto con provecho grande, el «documento humano,» se entusiasmaba con las novelerías que siempre abundan en la vida real. Además, «se las tenía juradas» á los ricos y poco había de poder si no casaba á su hermano con la menor de las hijas del señor Martorell.

Se le olvidó su proyecto de viaje y ofrecióse á Basilio para ayudarle en todo cuanto de su ayuda necesitara.

Basilio confió al «hereu» su secreto mientras los otros dormían la siesta, después de haber manifestado Perico su resolución por largarse de Villera en busca de gloria y fortuna.

El sol caía de lleno sobre la viña, entibiando la tierra Reinaba un silencio perfecto, pues ni un pájaro trinaba ni un insecto se movía dejando oír el cecear áspero de sus alas. Día de invierno mudo y acongojado, que no alcanzaban á medio regocijar los rayos tibios y aviejados de un sol sin fuego. Sobre la tierra recién cavada, se alzaban los palos de los cuatro «arpiots,» medio inclinados unos, derechos otros, inmóviles como estacas. Y alrededor del fuego donde se había hecho la «escudella,» los tres payeses dormían sobre sus mantas el más tranquilo de los sueños. Veíanse sus alpargatas y las perneras de sus pantalones comidas por la tierra húmeda, y sus manos, sucias también, exhibían unas sus dorsos agrietados y enseñaban otras sus palmas encallecidas. De las narices de Juan y de Antón escapábanse sonidos regulares, á pequeñas pausas, cuya musiquilla de matraca movida por manos

torpes, parecía hermanarse con el silencio que dominaba en la viña. Ni viento ni brisa aparecían por parte alguna.

Basilio habló á Perico de sus amores con voz temblorosa por la emoción y hasta por cierto encogimiento de indudable vergüenza.

—Mira, Perico; yo tengo que hablarte de un asunto muy serio, muy serio.....

—Hombre, ¿qué asunto es ese?

—Tú verás....Hay cosas que cuestan mucho trabajo de decir y como yo no sé hablar de ciertas cosas....

—Pues voy á quedarme perfectamente enterado.

—Espera, hombre, espera.....Oye; yo, yo....estoy....

—Sin un cuarto. Si piensas pedirme dinero, te llevas el gran chasco; me encuentro lo mismo que te encuentras tú.

—¡Qué dinero ni qué cascajo!....Ya estás tomando á broma el asunto, y como te burles, vamos á reñir, ¡toño!

—¡Pero, hombre, si no te explicas!....

—A eso voy....Y déjate de bromitas, ¿eh?

—Habla.

Basilio no habló, porque buscaba el modo de salir del paso, exponiendo de una manera embozada sus pensamientos. En su magín se revolvían confusas las ideas, sin que ninguna de ellas tuviera la discreción que el mozo buscaba con molesto afán. Al fin surgió la idea deseada y Basilio dijo:

—Verás, verás, Perico....¿Tú no has tenido nunca novia?

No necesitó más el otro para caer en la cuenta del conflicto. Echóse á reír, mientras decía á su hermano:

—¡Vaya, al fin nos entendimos! ¿Y quién es ella?

Basilio vió el cielo abierto y se apresuró á contestar:

—Ella es....ella es....

Pero no pasaba de aquí. Se le hacía duro decir de golpe que estaba enamorado de una mujer rica. ¡Qué vergüenza! Podría creer su hermano que....¡Toño, si tal creía, le iba á romper las narices de una puñada! De él nadie pensaba mal, ¡cascajo! ¡Pues no faltaba más!

Perico, pretendiendo gastar una broma, sacó á su hermado del apuro.

—Si ella no es rica,—dijo,—no has sabido escojer. Te lo advierto por adelantado.

Basilio hizo lo que hacer suelen los soldados cobardes: disparar de carretilla todos los cartuchos, tomando en seguida las de Villediego.

—Es rica, si, si; es rica. La conoces: es Mundeta Martorell.

Y pies para que os quiero. A Basilio le faltó tiempo para echar á correr, diciendo:

—¡Calla! Me parece haber visto á un conejo.....Espera, espera....¡Verás que pedrada le despido!

Y tras del imaginario conejo se fué Basilio con una piedra en la diestra y corriendo como un desesperado.

Quedóse Perico estupefacto viendo correr á su hermano y sin saber qué pensar de aquel secreto verdaderamente trascendental. ¿Pero cómo se había enamorado Basilio de Mundeta? ¿Le correspondería ella? ¡Quiá, ni pensarlo! ¿Cómo le iba á corresponder si?.... ¡Demontre de muchacho! Y la cosa era de veras; aquel temor al hablar y la fuga per siguiendo á un conejo de mentirijillas..... ¡Porque lo que es el conejo perseguido por Basilio no había salido aún del vientre de su madre!

Volvió Basilio al cabo de un buén rato, por supuesto sin haber hecho caza alguna, y diciendo en tono de perfecta seguridad:

—Se me escapó. Era una liebre....¡Vayo si lo era! Se metió por entre las cañas del barranco de la izquierda y no pude hacer bien la puntería. Si toma por la derecha, que no hay barranco, la cazo. ¡Toño, si la cazo!

—Bueno,bueno,—dijo Perico, mirando á su hermano tan fijamente que le hizo temblar; —veamos si es posible cazar á otra liebre de más precio. ¿Te corresponde Mundeta?

A Basilio se le había pasado el susto y contestó ya con entusiasmo:

—Me quiere tanto como yo á ella, y yo la quiero que se me sale el corazón por la boca. ¿Tú sabes lo que es querer? ...No, no lo sabes; no puedes saberlo, porque allá, en las ciudades grandes, no se quiere más que de mentira, ¡toño! ¡Nada más que de mentira! Yo no sabré decirla á mi novia cositas de esas tan dulces que tú escribes; no sabré hablarla del cielo y de las flores y de los ríos

y de....¡Qué toño! Todo eso es mentira, Perico, todo eso es mentira, y aquí sólo queremos de verdad. ¿Tú sabes cómo yo quiero á Mundeta?....¡Qué has de saber, hombre, qué has de saber! Si esto no lo sabe nadie más que yo, yo solo, y hasta creo que ni yo mismo lo sé, ya ves tú, ni yo mismo lo sé. Mi cariño es tan grande....Bueno; no puedo decirte como es de grande, porque yo no sé esas palabras que dicen todo lo grande que es un cariño. ¡Soy un burro, toño! ¿Y qué culpa tengo yo de ser burro? Dile todo esto á Don Felipe; anda, dícelo, para que le pida cuenta á Dios por no haberme hecho más sabio, tan sabio como necesito ser para casarme con Mundeta, ¡toño!

Por la manera con que su hermano hablaba, comprendió Perico que el cariño de aquel gañán era cosa de cuidado. Basilio era un mozo todo corazón, lo mismo para lanzarse en arriscadas aventuras, que para querer. Gozaba fama de valiente en la villa y también era temido por malo, aunque injustamente. Cierto que su cólera se inflamaba con una débil chispita y cierto que siempre fué descarado, pendenciero y mal hablado;

pero nadie como él se conmovía ante una lástima ni como él nadie se quitaba el pan de la boca para dárselo á un hambriento. Conociendo á su hermano muy á fondo, Perico temía un cataclismo. Si Don Felipe le quitaba la novia, habría una muy sonada en Villera.

—Pero, hombre,—dijo á Basilio el «hereu,» después de meditar sin provecho el mal paso en que habría de meterse y acercándose á su hermano hasta tenerlo pegado consigo;—habla con más claridad, porque no te acabo de entender, por más que en entenderte me esfuerzo. ¿Don Felipe está enterado de estos amores?

—¡Qué ha de estar! Si él supiera....

—¿Le tienes miedo?

—Yo no tengo miedo á nadie; pero Mundeta no quiere que le diga nada á su padre, porque....

—Porque Mundeta conoce muy bien á su padre. ¡Perfectamente! Oye: me parece á mí que tu novia es muy bobona.

—¡Qué toño estás diciendo! ¿Boba Mundeta?... Esto parece, porque es más honrada que el pan del pobre y no se las echa

de sabida. ¡Qué sabes tú ni qué sabe nadie!

—Mira, en esto puede que tengas razón. No debe ser tan boba, cuando es una de las pocas muchachas que en Villera tienen novio.

—¡Cascajo! Esto lo dices con mala intención y yo no permito.....

—¡Quita allá, tonto!....¡Mala intención! ....¡Buena y muy buena! El tener novio no es un pecado y el enamorarse es prueba de tener un corazón muy grande.

—¡Esto, lo que tú dices: un corazón muy grande!

—Bueno; ahora cuéntame cómo y cuándo os enamorastéis tú y Mundeta.

—Desde niños, cuando jugábamos juntos á los casamientos y nos llamábamos marido y mujer.... Tú verás; voy á contarte.

Basilio cogió la bota, y después que él y Perico echaron dos buenos tragos, se pasó el brazo por los labios húmedos de vino, restregóse las manos sobre los muslos, sacó la petaca, hicieron dos cigarros él y Perico, y encendidos que estos fueron en el rescoldo del fuego donde se había hecho la «escude-

lla,» comenzó una prolija narración de la historia de sus amores.

Habíase iniciado uno de esos nortes tan frecuentes en invierno y el sol se ocultó repentinamente tras una pasajera nubecilla. Los árboles, muy escasos en aquellas alturas, se movían gimiendo lastimeros, azotados por el viento, que también levantaba algunas oleadas de polvo rojizo.

Basilio tapó con las mantas los rostros de su padre, de Antón y de Félix, temeroso de que estos despertaran, y lo mismo él que Perico, pusiéronse de espaldas al viento, después de arroparse con prudencia y cuidado. Húbose de apagar el rescoldo, echándole tierra encima, porque el viento se llevaba las brasas donde podían ofrecer peligro. Los que dormían no daban señales de despertar, aunque se desatara el vendaval más furioso. ¡Bien cogido tenían el sueño los tres!

Comenzó Basilio su narración. Mundeta y él se conocieron casi al mismo tiempo que conocieron á sus respectivos padres. Desde muy niños, fueron excelentes amigos y nunca hubo para ellos juego divertido en el que ambos no tomaran parte. Así, como han nacido tantos y tantos amores vulgares, que

casi siempre terminan en la pubertad, nacieron los amores de Basilio y Mundeta. El cuento eterno: los juegos de niños convertidos con los años en pasión de personas mayores.

Si de chicos se amaban ya, no lo recordaba Basilio; pero sí sabía el enamorado mozo que la querencia de uno á otro venía de tiempos muy antiguos, de los más antiguos de su vida. Mundeta había sido siempre de carácter muy apocado, como siempre fué Basilio todo lo contrario: bronquista y descarado con todo el mundo, hasta con sus padres. Cuando era Basilio un chiquilín que no levanba tres cuartas del suelo, todavía la familia Romanclá guardaba una pequeña parte de su pasada riqueza y era tenida en Villera por una de las de más prestigio. Don Felipe Martorell estimaba bastante la amistad de Juan Romonclá y los hijos de ambos jugaban como iguales, hermanados por ese arrimamiento instintivo de la infancia.

Una noche llegó Basilio á su casa sucio de barro y con la cabeza vendada con un fino pañuelo de seda. Su madre, después de pasado el susto consiguiente, quitó la venda

al zagalillo, encontrándole en la frente una descalabradura por la que manaba abundante sangre. El travieso muchacho contó el lance, mientras la asustada madre le lavaba la herida. Había habido pedradas en el arrabal; los chicos del vecino pueblo de Montill y los de Villera habían tenido un encuentro terrible y á Basilio le tocó recib'r una china en lo más duro del combate. Los de Montill se habían retirado con grandes bajas y los de Villera celebraron á brincos la victoria, dejando que sus heridos reventaran á fuerza de berrear. Afortunadamente y á falta de Cruz Roja, no escaseaban las vecinas amantes del prójimo y excelentes patriotas, que curaron á los heridos con paños de vinagre y cataplasmas de almidón. Además, las niñas que salían del colegio de las Hijas de María valían por todo un regimiento de hermanas de la caridad y cumplieron con sus santos deberes. A Basilio le había curado Mundeta Martorell, la que se quitó el pañuelo de seda que llevaba al cuello para vendar la descalabrada cabeza del travieso chiquillo.

Y era este uno de los episodios que Basi-

lio recordaba con más entusiasmo de la historia de sus amores.

—Figúrate,—decía á Perico al contárselo;—una niña delicada como Mundeta, que casi siempre estaba enfermita, no vacilar en quitarse el pañuelo para curarme la herida. Podía resfriarse y pescar una pulmonía ¿verdad? A ver, ¡toño! si hacen otro tanto las niñas de las ciudades grandes.

Excusado es decir que Perico se rió con mucha gana al hacerle su hermano esta observación y otras muchas que por el mismo estilo le hizo durante el relato, cuya hilación es como sigue:

Basilio y Mundeta iban queriéndose más y más á medida que los años pasaban y ambos se hacían grandecitos. Un día supo el zagal que Don Felipe Martorell mandaba á sus dos hijas á Toulousse, para que se educaran en un gran colegio que en dicha ciudad tenían establecido las Ursulitas El pobre muchacho lloró mucho la marcha de su amiguita y al despedirla en la estación de Villera, hizo una cruz con el índice sucio del barro en el coche del tren en que se encajonaron Don Felipe y sus hijas y besó

la cruz con fervor infinito. Por supuesto que esta operación fué hecha por Basilio muy de «ocultis,» sin que nadie se diera cuenta de ella.

Desde aquel día en que Mundeta se marchó, ó mejor dicho, fué sacada por su padre de Villera, Basilio iba todas las tardes á la estación, y metiéndose entre las paralelas de hierro, echaba á andar hacia la dirección que tomó el tren al llevarse á Mundeta, y caminaba, caminaba, hasta que el cansancio y la noche le obligaban á volverse al pueblo. Así pasó mucho tiempo, meses, años, pensando en su amiguita que estaba en Francia y queriéndola cada día con más fuerza, con más cariño de amor. Al fin, Basilio se hizo mozo y su padre le obligó á trabajar en la viña y en el huerto. Los paseos por la vía del ferrocarril le importaban ya poco, pues sabía que Toulousse era una ciudad que estaba muy lejos, muy lejos, á la que no podría llegar nunca por mucho que caminara. Además, casi se había olvidado de Mundeta y ya piropeaba con varonil arranque á muchachas talluditas y con aspiraciones de verdaderas mujeres.

Pero volvieron á Villera las hijas del señor